

Históricas Digital

Carlos Martínez Assad

“Historia regional. Un aporte a la nueva historiografía”

p. 135-144

El historiador frente a la historia
Corrientes historiográficas actuales

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

148 p.

(Divulgación 1)

ISBN 968-36-7984-X

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de junio de 2023

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/279a/corrientes_historiograficas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

HISTORIA REGIONAL UN APOORTE A LA NUEVA HISTORIOGRAFÍA

CARLOS MARTÍNEZ ASSAD*

Thomas Benjamin ve en el desayuno de los zapatistas en Sanborns (en realidad se trataba del Jockey Club), en el año de 1914, una alegoría de la conquista del centro por las regiones, porque ese episodio muestra la significación del aspecto regional de la Revolución mexicana.¹ Por su parte Frank Tannenbaum decía, en 1933, refiriéndose a la Revolución mexicana: “No ha sido una revolución nacional en el sentido de que todo el país participó en el mismo movimiento al mismo tiempo”.²

Entre ambas citas median casi sesenta años, de lo cual deduzco que la visión premonitrice de Tannenbaum apenas si pudo constatarse con las investigaciones que en ese lapso, y más particularmente desde 1968, ocuparon a los académicos interesados en explicar la historia, desprendidos de los parámetros teóricos e interpretativos más usuales, así como de la postura oficialista que contempla a la Revolución como un proceso en marcha.

Dos niveles, uno internacional y otro nacional, impactarán a los enfoques regionales de la historia. Por un lado, la crisis de los paradigmas teóricos que afectaron, de manera particular, a los países europeos influyendo definitivamente en todos nosotros; por el otro, la imposibilidad de mantener, ante un mundo en constante cambio, versiones explicativas de la historia nacional, realizadas en momentos en que el proceso de institucionalización requería el reforzamiento de ciertos mitos y pasajes que alentarán la historia oficial, esa que dio origen a la historia de bronce y a la historia simplificada para los niños en edad escolar.

Una coincidencia generalizada señala la publicación de *Pueblo en vilo. Historia de San José de Gracia* de Luis González y González, en 1968, como el

* Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

¹ “Regionalizing the Revolution. The many Mexicos in Revolutionary Historiography”, en *Provinces of the Revolution. Essays on Regional Mexican History 1910-1929*, Estados Unidos, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1990, p. 319.

² *Ibidem*.

primer paso en firme para combatir la historia acartonada y llena de lugares comunes que no hace sino repetir, en un sentido cronológico, los acontecimientos que refuerzan nuestra débil concepción del nacionalismo. Desde luego hubo excepciones; aquellos que, desde una perspectiva crítica pretendieron rescatar el verdadero sentido de nuestra historia. En México, Jesús Silva Herzog y más adelante Arnaldo Córdova, y en el extranjero, F. Tannembaum, Dulles y finalmente Womack quien, también en 1968, publicó en español su libro *Zapata y la Revolución Mexicana*. Tiempo de sorpresas y de anuncio de una nueva historiografía que buscará interpretar la historia desde otras perspectivas; ese mismo año apareció el libro de Cockroft *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana*.

Sin que sus autores hubieran buscado conscientemente una propuesta común, los tres libros mencionados demostraban la importancia de las regiones en los procesos históricos del país. Michoacán, Morelos y San Luis Potosí, como representaciones de esos espacios, accedían a ser lugares de referencia imprescindibles para la nueva historia que se estaba escribiendo, una historia que daba lugar a varias historias; tantas como espacios identificables política, cultural, social o geográficamente podían distinguirse.

Womack escribió que “durante la campaña presidencial de 1909 a 1910 y con la Revolución maderista, a menudo varios héroes locales se convirtieron en figuras de prominencia nacional”; muchos de ellos escribieron sus memorias o narraron su vínculo con la Revolución; después vino una pléyade de historiadores *amateur*, interesados más que nada en “exaltar” la participación de su pueblo, de su provincia, en ese evento. Algunos de esos trabajos tuvieron como principal virtud la de alentar a los cronistas locales para continuar registrando los hechos que los impactaban.

La historia regional se nutre de esa herencia que pretendió institucionalizarse con la formación del Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, dependiente de la Secretaría de Gobernación, durante el régimen de Adolfo Ruiz Cortines. Allí, con ánimo celebratorio del cincuentenario del inicio de la Revolución, se elaboraron monografías acerca de la participación de todos los estados de la República. Aunque prevaleció la intención de continuar con la “exaltación” de la provincia respectiva, los textos se convirtieron en un antecedente importante para los estudios de historia regional, la que tantas dudas continuaba suscitando entre los académicos.

Resulta extraño, y no es sino muestra del dificultoso camino recorrido por los enfoques regionales, que la compilación *Interpretaciones de la Revolución mexicana*, publicada en 1979 por la UNAM y Nueva Imagen, prologada por Héctor Aguilar Camín y con una nómina de autores que reunió a Adolfo Gilly, Arnaldo Córdova y Enrique Semo, no contuviera ninguna alusión siste-

mática al contenido regional de la Revolución a pesar de que el libro de Aguilar Gamín, *La frontera nómada*, tenía ya dos años de haberse puesto en circulación.

Para entonces habían transcurrido diez años desde la aparición de *Pueblo en viño* y, sin embargo, apenas comenzaban a descollar las historias regionales; Romana Falcón acababa de publicar *El agrarismo radical en Veracruz* y, en 1979, apareció también mi libro *El laboratorio de la Revolución. El Tabasco garridista*. Si Falcón se empeña en demostrar el origen agrario de la revolución, el caso de Tabasco propone diferencias que anteponen a lo popular la presencia inevitable del caudillismo regional y la movilización de clases medias, así como de grupos beneficiados por el antiguo régimen. Friedrich Katz ha expuesto bien el problema al interrogarse sobre por qué algunos campesinos se rebelaron y otros no; y sobre cómo es que no existe una correspondencia entre el grado de explotación a que estaban sujetos en el porfiriato y la actitud que asumieron durante la Revolución.³

Pero el hecho de que hace veinte años se haya producido el despegue de una nueva concepción de la historia y encuentre apenas su punto climático en la actualidad permite suponer que lo que se inició en 1968 no fue lo que en términos muy amplios designamos como historia regional, sino el nacimiento de una corriente que se propuso revisar las hipótesis más socorridas sobre la historia contemporánea de México. La corriente *revisionista*, como designaron Alan Knight y Thomas Benjamin a esa nueva concepción de la historia, alcanza de manera más amplia a distintos campos, buscando nuevos derroteros para averiguar no sólo las motivaciones de los actores sociales sino también para analizar las ideas, la vida cotidiana, las mentalidades, la cultura en su acepción más amplia.

Los nuevos estudios hicieron varias aportaciones: en adelante ya no sería la historia de los vencedores la única que ocuparía ese rango; apareció —y era necesaria— esa otra cara de la moneda, la historia de los vencidos, de quienes llegaron a impactar el proceso de desarrollo político del país a través de movimientos sociales que, aunque importantes por su alcance regional o local, no formaron parte de los vencedores, al menos como se les consideraba desde la perspectiva de la historia oficial, o según el punto de vista de la Revolución que vino del norte.

Podría mencionarse a Ignacio Gutiérrez o a Carlos Greene en Tabasco, a los Escudero en Guerrero, a Cedillo en San Luis Potosí.

Se aceptó así en el medio académico la importancia de la historia independientemente de que tal o cual caudillo, cacique, líder o movimiento se ubicaran al lado del poder, del grupo hegemónico, en el nivel nacional. Esto fue

³ "Las regiones en la Revolución. Un itinerario historiográfico", en Carlos Martínez Assad, *Balance y perspectivas de los estudios regionales en México*, México, UNAM, Porrúa, 1990, p. 32.

importante para que surgiera todo tipo de planteamientos o de problemas que antes parecía casi imposible que fueran considerados en una orientación que, por cierto, debía gran influencia al marxismo ortodoxo, en la limitada acepción de la escuela soviética de historia, vinculada a las interpretaciones oficialistas del gobierno mexicano.

A medida que se derrumbaban barreras, surgía una nueva historia más rica, más compleja y menos esquemática. Desde entonces, se amplió el mapa nacional y los estudios sobre Chiapas, Oaxaca y Guerrero, por ejemplo, comenzaron a aparecer mostrando que la Revolución, aunque vino del norte y se arraigó en el centro, no era exclusiva de esas regiones. A la revolución centralizadora se unió otra que, con los mismos postulados del jacobinismo original, pero con el reforzamiento de la educación racionalista o protestante, y de otros procesos modernizadores, buscó la descentralización y la autonomía para su ejercicio político. Claro que el caciquismo arraigó tanto en el norte como en el sur, actuando generalmente como agente de modernización.

Cada región tiene su propia historia, su propia guerra y su propia revolución, sus personajes particulares, sus movimientos; en ellos encuentra su identidad que permite afianzar la identidad nacional, pero como algo propio, que no es impuesto. Zapata, Villa, Cárdenas encuentran el refuerzo necesario en ambas perspectivas, mientras Cedillo, Tejeda, Carrillo Puerto o Garrido Canabal son reivindicados en sus respectivas regiones, fortaleciendo los lazos internos y delimitando especialmente propuestas que no llegaron a impactar sino en forma parcial la política nacional.

De lo anterior se desprende que la historia contemporánea tiene dos lógicas, complementarias entre sí, la nacional y la regional, que difícilmente pueden abstraerse una de la otra. Son numerosos los estudios que así lo constatan. Lo regional supone un conocimiento de lo nacional y su objetivo es complementario. La historia regional no sólo contribuye a explicar fenómenos y condiciones locales, sino que también permite un conocimiento más amplio, aunque su calidad está en la diversidad para analizar las mismas situaciones históricas. Por ejemplo, ni el maderismo ni el carrancismo impactaron igualmente a toda la nación, según se desprende de los numerosos estudios de los que disponemos ahora. En el otro sentido, una obra de actualidad que pretende dar una visión global del país difícilmente puede abstraerse de lo regional. Pongamos de ejemplo un libro por todos conocido, *La guerra secreta*, de Katz, es, al mismo tiempo, la explicación de los años difíciles de la Revolución, vista ésta desde los bastidores del poder, y el estudio de las causas de los levantamientos norteros, en particular en Chihuahua.

Por ello, el desafío actual para los estudiosos de la historia nacional es cómo unir los dos niveles con originalidad; es decir, mostrando algo nuevo, un

proceso desconocido o ignorado, un rebelde atípico, lo que sería un movimiento o un escenario en busca de autor. Pero hay que evitar la fragmentación, la dispersión, y no limitarse al estudio de los casos, pues luego sería imposible una sumatoria de todos ellos. Por eso, de lo que se trata es de romper las orientaciones de una arraigada tradición de política centralizada, que determinó la forma de acceder a la enseñanza de la historia desde la primaria e incluso en otros niveles educativos. Por fortuna, el quehacer que realizan grupos de investigadores –sociólogos, politicólogos, antropólogos, etcétera– por todo el país ha permitido revalorar en los últimos años un pasado –muchas veces condenado o simplemente olvidado– que permite concebir las identidades más sólidamente y no sólo por buscar alguna adecuación con los marcos teóricos.

Sin esa nueva suma de recursos humanos presentes por todo el país no se entendería el surgimiento de colegios, institutos y programas; incluso es conveniente reforzar un proyecto como el de elaborar libros de texto para rescatar los acontecimientos, los personajes y el paisaje local o regional para encontrar una mejor disposición al aprendizaje. Sin embargo, cuando se trató de poner en práctica un proyecto de este tipo se enfrentó un sinnúmero de prejuicios y el reforzamiento ideológico del centralismo, por lo cual dicho proyecto no tuvo alcances significativos que, aunque en otra dimensión probablemente ni siquiera equiparable, lo igualaran o acercaran al libro de texto gratuito.

Algo particularmente relevante ha sido el rescate de archivos en un trabajo silencioso de los investigadores y mal pagado por las instituciones educativas o ignorado por las dependencias gubernamentales. Pero, pese a todo, son muchas las fuentes rescatadas, numerosas las entrevistas realizadas, las colecciones hemerográficas salvadas y los archivos personales consultados.

En el rescate de documentos destacó el programa que impulsó Eugenia Meyer en el Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora. Varias antologías fueron realizadas para dar al investigador o al lector interesado semblanzas de todos los estados de la República, desde los muy visitados, Chihuahua, Veracruz, Sonora y Aguascalientes hasta los escasamente considerados como Colima, Quintana Roo y Nayarit.

Surgieron, además, bastiones importantes de la historia regional como El Colegio de Michoacán, la Universidad de Guadalajara, la Universidad de Oaxaca y la Universidad Veracruzana que alientan los estudios de sus particulares universos. En la última mencionada se ha destacado, además de la historia escrita, la historia a través de un rescate fotográfico que resulta pionero en su enfoque regional por el inmenso acervo que ha dado a conocer.⁴

⁴ Véase la colección Veracruz: imágenes de su historia, México, Archivo General del Estado de Veracruz, 1989-1990.

Quizás en el momento lo más importante de los estudios regionales es una metodología y una concepción que adquieren rango de reconocimiento dentro y fuera del país; por ello, son varios los investigadores extranjeros que utilizan con confianza los resultados de esos estudios para llegar a conclusiones, por cierto, muy diversas, como lo ejemplifican las obras de François-Xavier Guerra o de Alan Knight. Para este último, lo más común de la nueva historia de los años posteriores a la década de los sesenta es la originalidad del uso de archivos, y la postura crítica que adopta, en particular, frente a la “revolución oficial”.⁵

Por su parte, Eric van Young considera que la historia regional no sólo contribuye a explicar fenómenos y condiciones locales, sino que también permite un conocimiento más amplio de la diversidad de situaciones históricas. En el siglo XX distingue tres tipos de estudios: 1. Estudios políticos de caudillos regionales, redes de elite o movimientos populares. 2. Regionalizaciones económicas de gran escala. 3. Estudios de indicadores sociales.⁶

Thomas Benjamin distingue “muchos Méxicos”, y concede una tradición importante a los estudios locales sobre la Revolución, en particular los de aquellos lugares como Morelos o Chihuahua donde tuvo especial arraigo; pero, finalmente, acepta el énfasis que la historiografía regional adquirió a partir de los años sesenta y, con cierto sentido crítico, llama a los revisionistas –de los que él mismo forma parte–⁷ académicos de las revoluciones fragmentadas.⁸

En México, Romana Falcón ha realizado un acucioso estudio de los aportes que han hecho los estudios regionales al periodo revolucionario, aparte de coincidir con el marcado interés por afinar métodos de investigación y por recurrir a técnicas como las entrevistas y la consulta de documentos originales, según lo han dicho otros autores; opina ella que fue la opción ante la imposibilidad de continuar elaborando ideas generales sobre lo que fue y lo que significó la Revolución mexicana por la falta de un conocimiento preciso de su acontecer a lo largo y ancho del país. “La súbita obsesión por la historia regional... ha sido decisiva para formular la interpretación del México posterior a 1910.”⁹

⁵ “Interpretaciones recientes de la Revolución mexicana”, en *Secuencia*, n. 13, enero-abril de 1989.

⁶ “¿Son las regiones buenas para pensar? Espacio, clase y estado”, Seminario Permanente de Historia Regional, UNAM, Facultad de Economía, febrero de 1991.

⁷ Véase su libro *El camino a Leviatán. La revolución en Chiapas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989 (Colección Regiones).

⁸ “Many Mexicos in Revolutionary Hystoriography”, en *op. cit.*

⁹ Romana Falcón, “Las regiones en la Revolución. Un itinerario historiográfico”, en Carlos Martínez Assad, *Balanco y perspectivas de los estudios regionales en México*, México, UNAM, Porrúa, 1990.

Su conclusión no deja de ser interesante: “Seguir intentando escribir una historia de un México entero en un país que, en rigor, carecía de un Estado nacional –e incluso en ocasiones de un gobierno que lograra controlar mínimamente el territorio– es una tarea que tiene menos sentido que señalar la diversidad de caminos y opciones que se abrieron a lo largo y ancho del país y que poco a poco fueron confluyendo en caminos verdaderamente integrados.”¹⁰

Añadiría que, además, los estudios regionales han permitido descubrir un México desconocido, el de la Revolución en el sur y el sureste con contenidos diferentes a los del norte, con movimientos de una variedad asombrosa, que no se limitaron a los de los campesinos demandantes de tierra, sino que incluyeron el surgimiento de una nueva burguesía apoyada muchas veces por las clases medias que el avance del siglo XX auguraba; movimientos que no procuraban, simplemente, la defensa de antiguos privilegios; sino que eran los de una nueva clase heredera que actualizaba sus formas de apropiación, es decir, modernizaba los medios de la acumulación de capital, como lo demuestra Ian Jacobs al estudiar a los rancheros en Guerrero.¹¹ En cierto sentido, los brotes rebeldes coincidentes con el levantamiento maderista buscaban un ordenamiento político diferente. Por eso el perfil de los líderes o caciques cambió y, a medida que el siglo avanzaba, es posible observar que sus nombres empezaban a aparecer precedidos por los títulos de licenciado o de ingeniero.

Las contradicciones entre regiones y centro coincidieron, paradójicamente, con el momento de la institucionalización, porque al centralismo visionario de los norteños se oponía la vocación autonomista de los sureños –dicho *grosso modo*– quienes encontraron en sus inaccesibles regiones ventajas para autodeterminar libremente el sentido de sus economías. Yucatán llegó a exportar henequén a la naciente Unión Soviética y Tabasco mantuvo una red de relaciones comerciales con Estados Unidos, hechos que favorecieron a sus economías internas. Pero el aislamiento tenía como principal efecto el producir políticas locales fuertes incluso como para disentir de las leyes nacionales, con todos los efectos negativos que eso tenía para la nación y para la clase política que se convertía en hegemónica. Los ejemplos abundan; entre ellos destacan los libros de Antonio García de León, *Resistencia y utopía*, y de Francisco José Ruiz Cervantes, *La Revolución en Oaxaca*.

Lo contrario sucedió en el norte donde la extensa red ferroviaria, que montó el porfiriato, permitió que las fuerzas de Díaz se trasladaran, con cierta efectividad, distancias tan grandes como no ocurrió en ningún otro país de América Latina. Por ello, los contactos de Díaz con el norte resultaron más

¹⁰ *Ibidem*, p. 77.

¹¹ *La Revolución mexicana en Guerrero. Una revuelta de los rancheros*, México, Ediciones ERA, 1990 (Colección Problemas de México).

fáciles; sin embargo, de esta red no se excluyeron aquellos sitios, como el Puerto de Veracruz, que representaban ingresos económicos fuertes; por otras razones, de carácter familiar y de amor al terruño, Díaz amplió también los vínculos con Oaxaca.

Lo importante, pues, de la nueva historiografía de la Revolución mexicana es el haber dibujado con mayor amplitud el mapa nacional. Ahora podemos hablar del maderismo en Coahuila; del movimiento opositor a Carranza en Oaxaca, pero también en Chiapas o en Tabasco; podemos conocer los efectos de la rebelión delahuertista en Jalisco o en Veracruz; la oposición a Obregón de algunas regiones internas de Veracruz; la aparición de partidos socialistas en toda la franja del Golfo, al mismo tiempo que los levantamientos zapatistas en Morelos y sus influencias en el surgimiento de ideologías, en ocasiones más radicales que las del Estado central, como fueron las que aparecieron en Tabasco o Michoacán, o las que dieron a las mujeres el acceso a la política en Yucatán, mientras los villistas, con sus proverbiales muestras de machismo, asolaban Chihuahua y Durango; la perenne oposición de la Iglesia católica a las leyes que fijan su ámbito de acción, en Guanajuato, y la persecución, en Veracruz y Tabasco; los grupos culturales de vanguardia en la ciudad de México o en Zacatecas y Aguascalientes; la historia negra como la de las matanzas de chinos en Coahuila y Sonora o la del racismo de los canisas doradas; la articulación de la clase trabajadora en la Casa del Obrero Mundial en la ciudad de México, y la historia contradictoria de sus propios miembros combatiendo a los campesinos veracruzanos; la fuerza de la CROM en Veracruz y su rechazo en varios otros estados; la implantación de la enseñanza vasconcelista en el D. F. y de la racionalista, opuesta a la centralización, en Tamaulipas, Veracruz, Tabasco, Campeche y Yucatán. En fin, el listado sería inacabable.

Sin embargo, en algún momento tendrá que afinarse más el concepto de lo regional, establecer sus diferencias con lo local, analizar si la historia regional es igual a la microhistoria. La territorialidad podría ser el elemento que marcara algunas desigualdades, pero la introducción de variables sobre los alcances políticos y el impacto nacional es lo que puede contribuir a encontrar las oposiciones, partiendo del acuerdo implícito sobre la importancia que tienen tanto la microhistoria como la historia regional para la nueva historiografía. No cabe pensar que estos estudios sean parciales; por el contrario, cada investigación de historia regional requiere de un planteamiento amplio, en el sentido de incluir el conocimiento de la economía, de la demografía, de las relaciones y los conflictos sociales, de la cultura, de las ideas, de la organización política, incluso del impacto internacional. Una historia regional no deja de ser total porque, aunque abarca un universo con limitaciones espaciales y temporales, incluye todos y cada uno de sus componentes.

Donde el enfoque regional ha ganado más terreno es en las investigaciones sobre la Revolución mexicana, adquiriendo, a lo largo de más de veinte años, un rango de autoridad; esto no significa que no haya obtenido espacios en otros periodos históricos y en otras disciplinas, además de la histórica. También la Independencia, la Reforma y el Porfiriato han sido motivo de análisis desde la perspectiva regional; una gran cantidad de textos se anuncian en diferentes artículos, editados en publicaciones aparecidas en todo el país. En una evaluación reciente, Mario Cerutti ubicaba la mayoría de ellos en los años ochenta, y señala que están orientados a explicar la formación y desarrollo del mercado nacional, del capitalismo, de las clases sociales y del Estado nacional.¹²

El mismo Cerutti ha sido pionero con su trabajo,¹³ y en muchas publicaciones, en demostrar la conformación de un polo de crecimiento del capitalismo mexicano, introduciendo en su análisis la importancia de la red de relaciones familiares, la influencia externa y el funcionamiento de un “espíritu del capitalismo”. Su trabajo ha alentado la creación de un seminario sobre “La formación del capitalismo”, que tiene diversos trabajos publicados en la revista *Siglo XIX*.

Sobre la segunda mitad del siglo XIX se encuentran los trabajos de Mario Aldana acerca de la conformación del capitalismo y del federalismo en Jalisco; los de Héctor Díaz Polanco sobre la circulación de capitales en el Bajío; los de Jaime Olveda que analizan a los rancheros y hacendados, también en Jalisco; los de María de los Ángeles Romero, de los procesos de destrucción de tierras en Oaxaca y Puebla; los de Mario Ramírez Rancaño sobre las haciendas en Tlaxcala y Puebla; los de Bernardo García Ruiz acerca de la industria fabril y los trabajadores en Veracruz; los de Marcelo Carmagnani que tratan la situación de los bienes comunales en Oaxaca, y los de Francie Chassen que analizan la reestructuración de la propiedad durante el porfiriato también en ese estado; los de Brígida von Mentz acerca de las haciendas en Morelos, donde también Gisela von Wobeser ha hecho aportaciones significativas; los de Jesús Gómez Serrano sobre las propiedades de los pudientes Guggenheim en Aguascalientes, y los de Eric van Young, asimismo sobre las propiedades en Jalisco, y un etcétera enorme.

De este rápido repaso se infiere la confluencia de los estudios en los procesos productivos y las haciendas de esta época; pero poco se ha avanzado, por ejemplo, sobre el caudillismo, tan apreciado en los estudios del periodo revolucionario. Aunque podemos señalar los trabajos de Aldana y Meyer

¹² “Contribuciones recientes y relevancias de la investigación regional sobre la segunda parte del siglo XIX”, en Carlos Martínez Assad, *op. cit.*

¹³ *Burguesía y capitalismo en Monterrey (1850-1910)*, Claves Latinoamericanas, 1983.

sobre Lozada, y los de Wasserman para los Terrazas, muchos personajes con notable influencia regional esperan aún ser estudiados. Asimismo sería importante contar con estudios acerca del impacto que los eventos nacionales de un periodo tan extraordinariamente rico como el XIX tuvieron sobre las regiones, en su designación de intendencias, provincias, distritos, departamentos, estados, etcétera.

El clímax que la historia regional ha alcanzado se expresa en una vasta producción que aborda temas diversos, con calidad suficiente para marcar el rumbo de una nueva historiografía; a partir de lo cual puede afirmarse que se trata de una especialidad que ha llegado a su madurez, haciendo aportaciones para enriquecer el conocimiento de este país.